



Andrea
Camilleri

La ópera
de Vigàta

DESTINO

La ópera de Vigàta

Andrea
Camilleri

Traducción de
Juan Carlos Gentile Vitale

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1471

Título original: *Il Birraio di Preston*

© Sellerio Editore, Palermo, 1995

© por la traducción, Juan Carlos Gentile Vitale, 1999

© Editorial Planeta, S. A., 1999, 2008, 2019

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en esta presentación: mayo de 2019

ISBN: 978-84-233-5575-4

Depósito legal: B. 8.950-2019

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Índice

Era una noche espantosa	7
Hay un fantasma que hace temblar	17
¿Intentaría levantar el mosquitero?	29
Llamadme a Emanuele	41
En la mañana del día en que	51
Egregias señoras y, digámoslo también	63
Turiddru Macca, el hijo	75
Sólo un muchacho puede tener	85
Uzted zabe cómo pienzo	95
Lechoso y empañado	107
Tarde, como de costumbre	117
Ojalá mi padre	127
Todos lo conocían	137
El viento se levantó de occidente	147
Al disponerme a describir	159
¡Oh, qué hermoso día!	169
¿Cuánto más durará?	181
Soy un maestro de escuela elemental	193
Un jovencito de aspecto sencillo	207
Si una noche de invierno desapacible	221
Era una alegría prender fuego	233
Mi querida Giagia	245

Aquel año las naranjas eran más abundantes de lo habitual	255
Capítulo primero	267
Nota	281

P.S.: Llegados a esta hora de la noche, es decir, al índice, los lectores supervivientes se habrán dado cuenta, desde luego, de que la sucesión de los capítulos dispuesta por el autor no era más que una simple proposición: cada lector, si lo quiere, puede establecer su personal secuencia.

Era una noche espantosa

Era una noche espantosa, verdaderamente pavorosa. Gerd Hoffer, que aún no había cumplido los diez años, ante un trueno que retumbó más que los otros e hizo temblar los cristales de las ventanas, se despertó con un salto, percatándose, en el mismo momento, de que irresistiblemente se le escapaba. Era una vieja historia, esta de la escapadita de pipí: los médicos habían diagnosticado que, desde su nacimiento, el chiquillo era lento de encaje, es decir, de riñones. Por tanto, era natural que se liberase en la cama. Pero el padre, el ingeniero de minas Fridolin Hoffer, que de eso no quería ni oír hablar, no se daba paz por haber traído al mundo un hijo alemán de saldo y, por tanto, sostenía que no era cuestión de tratamientos sino de kantiana educación de la voluntad, por lo que cada mañana que Dios mandaba a la tierra se ponía a inspeccionar, levantando la manta o la sábana, según la estación, de la cama de su hijo y, tras meter la mano inquisitorial, ante la súbita e infaltable mojadura reaccionaba con una poderosa bofetada al niño, cuya mejilla golpeada empezaba a hincharse a simple vista como un bizcocho

por obra de la levadura de cerveza. Esta vez, quizá para evitar el matutino castigo paterno, Gerd se levantó en la oscuridad, iluminado por los relámpagos, y comenzó una incierta caminata hacia el retrete mientras el corazón le palpitaba de miedo por los peligros y celadas que aquel nocturno viaje comportaba: una vez una lagartija le había trepado por las piernas y otra vez una cucaracha se había dejado aplastar por su pie desnudo con un ruido acuoso que, cuando lo pensaba, aún le revolvía el estómago.

Llegado a la letrina, tras enrollar sobre la barriga el camisón, empezó a hacer aguas. Entretanto miraba, como de costumbre, por la ventana baja, hacia Vigàta y su mar, a algunos kilómetros de distancia de Montelusa. Se emocionaba si en la lejana extensión de agua se percibía la débil luz de una lámpara de acetileno de alguna balandra perdida; entonces, de pronto, dentro de la cabeza le estallaba como una música, un agolparse de sensaciones a las que no sabía cómo llamar, raras palabras se asomaban y centelleaban como estrellas en un cielo negro. Empezaba a sudar y, de regreso a la cama, ya no conseguía pegar ojo, daba vueltas y más vueltas hasta que la sábana se transformaba en una especie de cuerda que lo ahorcaba. Algunos años después se convertiría en poeta y escritor, pero aún no lo sabía.

Aquella noche fue distinto. Entre relámpagos, resplandores y truenos que a la vez lo asustaban y fascinaban, observó un fenómeno que nunca antes había visto. En efecto, sobre Vigàta estaba surgiendo el alba o algo similar: esto no podía ocurrir, dado que su padre, con teutónica precisión y meticulosidad

científica, le había explicado cómo la luz del día nacía del lado opuesto, para ser exactos del ventanal del comedor. Miró con más atención, pero no había duda posible: una media luna de color rojizo cubría el cielo de Vigàta, a contraluz se veían incluso las siluetas de las casas altas, aquellas que estaban sobre la llanura de la Lanterna, dominando el pueblo.

Sabía por propia experiencia lo peligroso que era despertar a su padre durante un sueñecito, pero decidió que esta vez la ocasión lo merecía. Porque las posibilidades eran dos: el mundo, hartado de girar siempre en el mismo sentido, había cambiado de ruta (y la suposición, habiendo nacido poeta y escritor, le producía vértigos de emoción), o su padre, por una vez, había cometido un error en su infalibilidad soberana (y esta segunda suposición, al ser su hijo, le producía más vértigos que la primera). Se encaminó hacia el cuarto de su padre, contento de que su madre no estuviera: estaba en Tubinga para atender a la abuela Wilhelmine. Apenas entró, fue acogido por el devastador ronquido del ingeniero, una bestia con un tonelaje de ciento veinte kilos, una altura de casi dos metros, cabello rojo a cepillo y gigantescos bigotes, también rojos. Tocó la masa ruidosa y enseguida retiró la mano como si se hubiera quemado.

—¿Eh? —espetó su padre con los ojos inmediatamente desencajados, puesto que tenía el sueño ligero.

—*Vater* —murmuró Gerd.

—*Was ist denn?* ¿Qué pasa? —preguntó el ingeniero mientras frotaba una cerilla y encendía la lámpara sobre la mesilla de noche.

—Pasa que esta noche la luz sale desde Vigàta.

—¿Luz? ¿Qué luz? ¿La luz del alba?

—Sí, *vater*.

Sin decir palabra, el ingeniero hizo una señal a su hijo para que se acercara y apenas éste estuvo a tiro le soltó una solemne bofetada.

El chico trastabilló y se llevó una mano a la mejilla, pero se emperró. Repitió obstinado:

—Sí, señor, *vater*, la luz del alba sale desde Vigàta.

—¡Vete enseguida a tu cuarto! —ordenó el ingeniero que, al levantarse de la cama, nunca se habría mostrado en camisión delante de los ojos que suponía inocentes de su hijo.

Gerd obedeció. Algo extraño debía de haber, pensaba el ingeniero mientras se ponía la bata y se dirigía al retrete. Le bastó y sobró un vistazo para darse cuenta de que nada de alba, en Vigàta había estallado un incendio, y muy grande. Parando bien la oreja, se oía incluso la campana de una iglesia que repicaba a la desesperada.

—*Mein Gott!* —espetó el ingeniero casi sin aliento.

Luego, conteniendo a duras penas alaridos y exclamaciones de alegría, de purísima felicidad, se vistió febrilmente, abrió el cajón grande del escritorio, sacó una trompeta dorada provista de cordón para llevarla en bandolera y salió de casa a la carrera sin preocuparse siquiera de cerrar la puerta a sus espaldas.

En cuanto estuvo en la calle, dio vía libre a un largo relincho de satisfacción y luego comenzó a correr. Gracias al incendio, podría experimentar por primera vez el ingenioso artilugio apagafuegos que tenía en mente patentar y que había sido construido siguiendo un proyecto suyo, en largos meses de apasionado trabajo fuera del horario de la mina. Se trataba de una ancha carreta sin barandillas, sobre cuya plataforma se había empernado una gruesa chapa de hierro. Sobre esta chapa se había atornillado firmemente una especie de gigantesco alambique de cobre conectado con otro alambique mucho más pequeño y debajo del cual un compartimiento de hierro, abierto en la parte superior, hacía de caldera. El alambique pequeño, lleno de agua y con el fuego encendido debajo, producía, según el fulgurante descubrimiento de Papin, la presión necesaria para hacer salir con fuerza el agua fría contenida en el alambique más grande. Enganchada a la voluminosa carreta había otra de proporciones reducidas que llevaba la leña y dos escaleras de mano, la una dentro de la otra. El conjunto era arrastrado por cuatro caballos; el equipo de voluntarios estaba compuesto por seis personas que se colocaban de pie a los lados de la carreta grande. El ingeniero tenía su sitio junto al cochero. En el curso de los entrenamientos y de las pruebas, el aparato siempre había dado un buen resultado.

Llegado al inicio de la calle que cortaba por el medio el antiguo barrio árabe del Ràbato, donde ahora vivían mineros y azufradores, Fridolin Hoffer cogió aliento y dio un altísimo trompetazo. Reco-

rrió todo el largo camino con el amplio pecho dolorido por la fuerza con la que soplabla la trompeta y, al final de la calle, hizo una rápida media vuelta y volvió a tocar en subida.

Los efectos de aquella nocturna sonata fueron casi inmediatos. Los hombres de la brigada, que habían sido advertidos del significado de un inopinado despertar nocturno a golpes de trompeta, comenzaron a vestirse de prisa, después de haber tranquilizado a sus mujeres e hijos temblorosos y lloriqueantes. Luego uno corrió a abrir el almacén donde estaba la máquina, el cochero se ocupó de uncir la cuadrilla de caballos y un tercero y un cuarto encendieron el fuego debajo del alambique pequeño.

Los demás habitantes del populoso barrio, ignorantes de todo pero debidamente aterrorizados por aquel toque de trompeta que parecía el del Juicio Final, atrancaron por las dudas puertas y ventanas, en un sinnúmero de alaridos, gritos, voces, llantos, plegarias, jaculatorias y maldiciones. La señora Nunziata Lo Monaco, de noventa y tres años, despertada de repente, se sentó en medio de la cama, se convenció de que era otra sublevación del cuarenta y ocho, se quedó paralizada y cayó hacia atrás rígida como un mango de escoba y de súbito patitiesa. Los parientes, al alba, la encontraron muerta y le echaron la culpa al corazón y a la edad, desde luego no al do sobreagudo del alemán.

Entretanto la brigada, ultimados los preliminares, se había agrupado en torno al ingeniero; estaban agitados y emocionados por la gran ocasión que se les presentaba. El ingeniero los miró a los ojos, uno a

uno, luego levantó un brazo y dio la salida. En un santiamén montaron y partieron a rienda suelta hacia Vigàta. Cada tanto Hoffer tocaba la trompeta que llevaba en bandolera, quizá para advertir a algún conejo o a algún perro que se encontraba de paso y no, por supuesto, a un cristiano, pues a aquella hora de la noche y con aquel mal tiempo no se veían cristianos por ahí.

También para Gerd, solo en casa, fue una noche extraña. Cuando oyó que su padre salía, se levantó de la cama, fue a cerrar la puerta de la casa y, una tras otra, encendió todas las luces hasta hacer una gran iluminación. Luego se puso de pie delante del espejo del cuarto de su madre (el ingeniero y su mujer dormían en habitaciones separadas, para escándalo del pueblo: desde luego, no era algo cristiano, pero por lo demás nadie entendía de qué religión eran el alemán y la alemana), se levantó el camión y, una vez desnudo, empezó a mirarse. Después fue al despacho de su padre, tomó una regla del escritorio y volvió delante del espejo, que era de esos en que uno puede verse de los pies a la cabeza. Cogió la cosa que tenía entre las piernas (¿pija?, ¿picha?, ¿polla?, ¿pájaro?, ¿pito?) y la extendió sobre la regla. La medición, repetida varias veces, resultó siempre insatisfactoria, a pesar de que había estirado la piel hasta hacerse daño. Dejó la regla y, desconsolado, volvió a acostarse. Tras cerrar los ojos, comenzó a dirigir una larga y pormenorizada plegaria a Dios para que se la hiciera, con el adecuado milagro, como la de su com-

pañero de pupitre, Sarino Guastella, que era tan alto como él y pesaba tanto como él pero inexplicablemente la tenía cuatro veces más larga y gorda que él.

Llegados a la llanura de Lanterna, debajo de la cual se extendía Vigàta, el ingeniero y sus hombres se dieron cuenta, preocupados, de que aquel incendio no era un juego: al menos dos grandes edificios estaban en llamas. Mientras miraban y el ingeniero estudiaba por dónde bajar con el aparato para atacar más velozmente el fuego, vieron, bajo la luz vacilante de las llamas, a un hombre que caminaba con aire absorto, aunque de vez en cuando se ladeaba. Tenía las ropas chamuscadas y los pelos de punta, no se entendía si por espanto o peinado. Las manos las mantenía levantadas por encima de la cabeza, como si quisiera rendirse. Lo pararon. Tuvieron que llamarlo dos veces, porque a la primera el hombre pareció no haberlos oído.

—¿Qué haber sucedido? —preguntó el ingeniero.

—¿Dónde? —preguntó a su vez el hombre con ademán gentil.

—¿Cómo dónde? En Vigàta, ¿qué haber sucedido?

—¿En Vigàta?

—Sí —espetaron todos en una especie de coro.

—Parece que hay un incendio —dijo el hombre mirando hacia el pueblo de abajo como para obtener una confirmación.

—Pero ¿cómo ha sido? ¿Sabe usted?

El hombre bajó los brazos, los puso detrás de la espalda y se miró la punta de los zapatos.

—¿No lo sabéis?

—No. Nadie aquí sabe.

—Ah. Parece que la soprano, en un momento dado, desafinó.

Dicho lo cual se puso otra vez en camino, retomando la posición con las manos en alto.

—¿Quién coño es la soprano? —preguntó Tano Alletto, el cochero.

—Es una mujer que canta —explicó Hoffer sacudiéndose por el estupor.